

# Restitución de una clave. Los Reyes Católicos y los medallones de la portada de Santa Engracia de Zaragoza\*

Carmen Gómez Urdáñez  
Universidad de Zaragoza  
cgomezu@unizar.es

---

## RESUMEN

Se desvela en este trabajo el programa iconográfico de la portada de la iglesia del monasterio jerónimo de Santa Engracia de Zaragoza. Los medallones conservados entre las columnas del primer cuerpo son la clave para su interpretación, que no se ha logrado reconocer hasta el momento. La espléndida y costosa obra, de los últimos años del reinado de Fernando el Católico, muerta ya Isabel, constituye una ilustración principal de la teoría política de la monarquía cristiana encarnada por los Reyes Católicos, y como tal deberá valorarse en adelante entre las numerosas creaciones que la difundieron a la sazón intencionalmente.

Palabras clave:  
iconografía; Santa Engracia; Reyes Católicos; teoría política; monarquía

---

## ABSTRACT

### Returning the key. The Catholic Monarchs and medallions of the façade of the Santa Engracia Monastery at Zaragoza

This article reveals the iconographic program of the entry façade of the church of the Hieronymite Monastery of Santa Engracia at Zaragoza. The medallions conserved between the columns of the first level are key to its interpretation, which has yet to be determined. This magnificent and costly work dating from the last years of the reign of Ferdinand the Catholic, when Queen Isabella was already deceased, constitutes an essential illustration of the political theory of the Christian monarchy embodied in the Catholic Monarchs, and should be valued as such in the future among the numerous creations that intentionally propagated it in that era.

Keywords:  
iconography; Santa Engracia; Catholic Monarchs; political theory; monarchy

La portada de la iglesia del monasterio jerónimo de Santa Engracia de Zaragoza, una de las obras significativas del conjunto de las que enriquecieron la magna instalación religiosa, beneficiada por el interés real y su efectivo patrocinio especialmente en los últimos años del siglo xv y en el xvi, ha sido objeto de estudio últimamente<sup>1</sup>, después de que, en los pasados años noventa, se efectuaran obras de restauración en ella y en el otro elemento conservado del espléndido convento: la cripta de las reliquias de los mártires. La intervención en la portada (1991-1994) facilitó un acercamiento en detalle a la obra de escultura de los Gil Morlanes, padre e hijo, que se sucedieron —cediéndola el primero a su vástago, en 1515— en el cometido de llevarla a cabo<sup>2</sup>, e igualmente el reconocimiento de las reparaciones y reposiciones antiguas que habían sido ejecutadas principalmente en dos ocasiones: en el siglo xviii, cuando hubo que reedificar la iglesia existente del siglo xv<sup>3</sup>, y después de los Sitios de la Guerra de la Independencia, cuyos destrozos conllevaron una nueva reedificación del templo<sup>4</sup>. En ambas reedificaciones, se mantuvo, no obstante, la magnífica portada que, entre los mártires y santos, la Virgen y los ángeles, el Calvario, y la personificación de la Iglesia y de la sinagoga —la imagen de Santa Engracia estuvo, además, en el tímpano y sobre el partereluz de la entrada, desaparecidos—, mostraba a los Reyes Católicos, Fernando de Aragón e Isabel de Castilla, y a sus heraldos, junto a su escudo armero con la unión de sus territorios, acompañados de las representaciones en relieve de cuatro medallones con personajes masculinos enmarcados en coronas de ramas y frutos, además de otros cuatro colocados tras las columnas abalaustradas y visibles, por ello, con dificultad; sin contar los cuatro medallones más, no con-

servados, que se alojaban, dos a dos, respectivamente, presidiendo el tímpano de la puerta, por encima de la figura de Santa Engracia, y en las enjutas sobre el arco superior de cierre general de la portada<sup>5</sup> (figura 1).

Los santos, mártires, confesores y doctores de la Iglesia occidental —los de la parte baja de las jambas, recogidos en el grabado de la obra de Martón, no han subsistido— abundan en la manifestación del carácter del sitio religioso: un lugar de honda tradición, famoso por las reliquias significadas de santa Engracia y sus dieciocho compañeros de martirio, entre las innumerables de los restos amalgamados de muchos otros primeros cristianos que se concentraban allí mismo. Venerado desde tiempo inmemorial como un hito del cristianismo primigenio —por el tesoro de estos restos, afirmaba el poeta Aurelio Prudencio a comienzos del siglo v, Zaragoza superaba a Cartago y a la propia Roma<sup>6</sup>—, fue estación obligada de los reyes en sus visitas a la ciudad y depósito de sus oblaciones, especialmente de Fernando II, quien, cumpliendo el voto de su progenitor, Juan II, impulsó la fundación de un monasterio jerónimo que engrandecería el culto tanto como el jalón de la iglesia y las instalaciones anexas existentes, contribuyendo con altas sumas a su construcción y dotación.

Las imágenes de Fernando de Aragón e Isabel de Castilla presentes en las hornacinas que flanquean a la Virgen de las Santas Masas —las de los restos compactados de los innumerables mártires—, con el niño, situada en la central, sobre la puerta, y bajo la del ático con su hijo redentor, concretan oportunamente —dada la implicación intensa del monarca en las nuevas obras y su liberal patrocinio— la habitual presencia real en el monasterio, y se podría decir que con los mismos fines, salvíficos, en térmi-



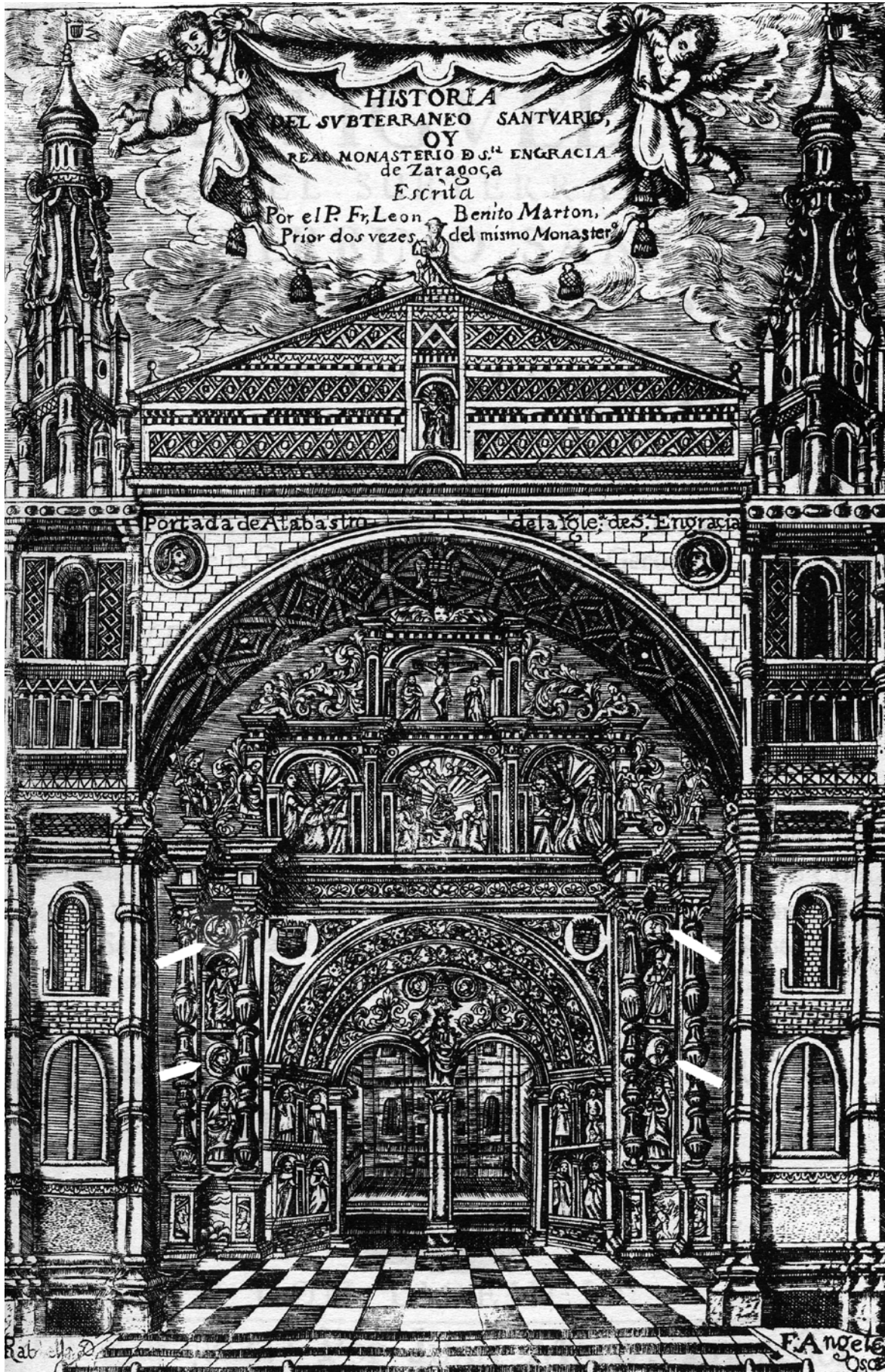


Figura 1.  
Portada de Santa Engracia. Grabado publicado en la historia del monasterio escrita por fray León Benito Martón en 1737.



nos generales: arrodillados y orantes, acompañados, respectivamente, por San Jerónimo y San Juan Bautista y por Santa Paula y Santa Catalina de Alejandría, los monarcas se introducen en el ámbito celestial, más arriba de donde los ángeles de las arquivoltas de la puerta lo sitúan, envolviendo a la perdida Santa Engracia del parteluz. Isabel ya debía, de hecho, encontrarse en el paraíso, pues había fallecido años atrás, en 1504.

Sin embargo, esta lectura primera y general, la de la aspiración a la salvación eterna por el beneficio de la redención de Cristo y con la intermediación de los santos y los mártires, más explícita la de los que amparan a los reyes en sus hornacinas, está matizada en el conjunto de la portada por una idea mucho más concreta que atiende a la condición de los orantes. No podía ser menos en el tiempo de la más elaborada construcción teórica sobre la monarquía que se había conocido, y de su insistente y eficaz divulgación<sup>7</sup>. La portada del monasterio jerónimo zaragozano deberá figurar en adelante, efectivamente, entre las principales expresiones de esta ideación.

La imagen de Santa Engracia del parteluz puede considerarse el epicentro del despliegue del programa iconográfico con ese matiz. Según la principal vía de explicación de su biografía, Engracia, cuyo martirio fue ejemplo para tantos fieles cristianos a los que promovió a la verdadera fe, era de estirpe regia, hija de un rey lusitano. La portada relacionaba a esta hija de reyes con Fernando e Isabel<sup>8</sup>, de su misma calidad, y, como ella, defensores de la fe, según debían serlo los elegidos príncipes cristianos, que tenían ya esa naturaleza como beneficio:

En mucho deven tener los príncipes averlos Dios criado hombres y no bestias; y en mucho más deven tener averlos hecho señores y no siervos; y sin comparación deven tener en mucho más averlos hecho cristianos, y no moros ni gentiles; porque poco les aprovechara tener sceptros y reynos para se condenar y que no conocieran la Yglesia Santa.

Consideraba fray Antonio de Guevara, en su juventud cortesano al servicio del príncipe Juan, en su *Relox de príncipes*, añadiendo:

Los emperadores y reyes paganos que fueron buenos y virtuosos (como uvo muchos que lo fueron) quanto mayor tuvieron el recibo, al tiempo del descargo menos se les hará de cargo; y por el contrario a los malos príncipes christianos, quanto de beneficios más tuvieron colmada la medida, tanto en las eternas llamas les será dada mayor pena; porque según la ingratitud de los beneficios

que tuvieron en este mundo, así será la ferocidad de las penas que ternán en el infierno<sup>9</sup>.

Los virtuosos Fernando e Isabel<sup>10</sup>, victoriosos en Granada contra los *moros* y liberadores de judíos en sus territorios —recuérdese a la personificación de la errada y ciega religión en un flanco del ático<sup>11</sup>—, habían sido ya reconocidos *verdaderos reyes y príncipes católicos* por el papa Borja Alejandro VI, en 1493 y 1496. Sus hazañas en favor de la expansión de la fe, en la que persistían sin escatimar esfuerzos y hasta su propia sangre, eran conocidas en todo el orbe, registraba la bula *Inter Coetera*<sup>12</sup>, previendo la cristianización de las nuevas tierras más allá del océano, en cuyo dominio les legitimaba. Tuvo que ser fácil advertir, a la sazón, el parangón que establecían en la portada zaragozana las figuras de los reyes y la de la santa de progenie real cuyos restos daban allí mismo testimonio de su extremado sacrificio por defender e impulsar, igualmente, en sus difíciles circunstancias, la fe en Cristo, en lo que se veía acompañada de todos los demás santos. Otras imágenes esculpidas rubricaban además ese parangón, desplegando con mayor concreción el mensaje sobre la monarquía católica que encarnaban Fernando e Isabel en ese momento. En la línea del discurso de fray Antonio de Guevara, traían a colación a gobernantes paganos y cristianos, virtuosos y depravados, de conocida ejemplaridad, un recurso didáctico, por lo demás, habitual en la tradición de los espejos de príncipes<sup>13</sup> y que se remontaba hasta la antigüedad.

Sin duda, estos *exempla* comenzaban con los tondos perdidos del tímpano sobre la figura de Santa Engracia, que, muy lógicamente, pudieron representar a Daciano, el perseguidor de la santa y de los innumerables mártires de Zaragoza, según la *Passio martyrum innumerabilium Caesaraugustanorum* del siglo VII, y con bastante probabilidad a Constantino, liberador del culto cristiano en el imperio, dada la caracterización y el sentido de los personajes de los tondos que sí se han conservado, en particular, los cuatro manifiestamente visibles entre las columnas abalaustradas de los flancos de la entrada, pues los otros cuatro, semiocultos, tienen un papel claramente secundario, como se verá.

En la parte baja de la portada, las inscripciones de las dos medallas, que están relacionadas, identifican perfectamente a los representados. Las leyó el incrédulo Ponz<sup>14</sup> y quienquiera que se haya acercado a la portada, puesto que se encuentran a poca altura y no presentan ningún problema de interpretación. La de la izquierda dice: «.MARCVS.ANTONIVS.»; la de la derecha: «.NVMA.PONPILIVS.» (figuras 2 y 3). Marco Antonio ha de ser el poderoso triunviro

gobernador de las provincias orientales que se alió con la reina Cleopatra contra Roma, y no otro al que su nombre pudiera asociarse, puesto que, en oposición a Numa Pompilio, representa al hábil dirigente y eficaz militar... de vida desordenada e inclinado a las pasiones, lo que le condujo a un final dramático y deshonoroso.

En las *vidas paralelas* del griego Demetrio Poliorcetes y Marco Antonio el triunviro, Plutarco refuerza el ejemplo negativo de las descolantes personalidades que echaron por tierra sus elevadas cualidades, al no seguir una vida de decoro y de virtud. Como ha señalado Carlos García Gual, el autor griego anuncia al comenzarlas:

Contendrá este libro las *Vidas* de Demetrio Poliorcetes y de Antonio el Triunviro, muy propios ambos para confirmar la máxima de Platón de que los caracteres extraordinarios producen tanto los grandes vicios como las grandes virtudes. Siendo ambos igualmente dados al amor, bebedores, belicosos, dádivosos, magníficos e insolentes, fueron también semejantes en los sucesos de fortuna; pues no sólo en vida consiguieron grandes victorias y tuvieron grandes descalabros, hicieron extensas conquistas y las perdieron, y, habiendo caído de un modo inesperado, así se recuperaron, e inesperadamente fueron también a morir, el uno cautivo por sus enemigos y el otro muy próximo a que le sucediera lo mismo<sup>15</sup>.

Plutarco refiere de Antonio:

[...] sus continuas embriagueces, sus excesivos gastos y su abandono con mujerzuelas; por cuanto el día lo pasaba en dormir —dice—, en pasear y en reponerse de sus crápulas, y la noche en banquetes, en teatros y en asistir a las bodas de cómicos y juglares».

[...] Daba también en ojos —transmite— verle llevar en los viajes, como en una pompa triunfal, vasos preciosos de oro, armar en los caminos pabellones, dar en los bosques y a las orillas de los ríos opíparos banquetes, llevar leones uncidos a los carros y hacer que dieran alojamientos en sus casas ciudadanos y ciudadanas de recomendable honestidad a bailarinas y prostitutas.

Narra su vida disoluta en la casa que fuera del sobrio Pompeyo Magno y su apropiación de los depósitos del colegio de las vírgenes vestales, así como su escandalosa entrada en Éfeso, en donde fue saludado como «Baco el benéfico y el melifluo»; etc.



Figura 2.  
Marco Antonio en la portada de Santa Engracia.



Figura 3.  
Numa Pompilio en la portada de Santa Engracia.

[Y] siendo así el carácter de Antonio —concluye—, se le agregó por último mal el amor de Cleopatra, porque despertó e inflamó en él muchos afectos hasta entonces ocultos e inactivos; y si había algo de bueno y saludable con que antes se hubiese contenido, lo borró y destruyó completamente.

También ironiza Plutarco sobre cómo «Cleopatra debía pagar a Fulvia —la que fuera su segunda esposa— el aprendizaje de la sujeción de Antonio, por haberle tomado ya manejable, instruido desde el principio a someterse a las mujeres»<sup>16</sup>. Entregó Marco Antonio parte de su imperio a Cleopatra y, como «emponzoñado por hierbas» —habría dicho Octavio—, cedió también a ella su autoridad, del mismo modo que, siempre según Plutarco, abandonó la victoria en Accio por seguirla:

[...] a Antonio, así como en las pinturas de Hércules vemos a Onfale que le quita la maza y desnuda de la piel del león, de la misma manera desarmándole muchas veces Cleopatra y haciéndole halagos, le persuadía a desentenderse de grandes negocios, y de las expediciones más precisas, para divertirse y entretenerse con ella en la ribera junto a Canobo y Tafosiris. Finalmente a la manera de Paris, retirándose de la batalla se acogía a su regazo; o por mejor decir, Paris vencido huyó al tálamo, pero Antonio por seguir a Cleopatra se retiró y abandonó la victoria<sup>17</sup>.

Por su parte, la no menos poderosa Cleopatra de Egipto, «de tantos reyes descendiente»<sup>18</sup>, partícipe de la vida disipada de su amante e instigadora de las acciones que lo llevaron a su ignominioso destino, no representaría un buen modelo de reina, frente a la ejemplar Isabel de la portada<sup>19</sup>, al ser recordada por la efigie de Marco Antonio en su medallón.

Confirmando, en fin, esta identificación iconográfica, Plutarco describe el aspecto del *extraordinario* romano refiriéndose a «la noble dignidad de su figura, pues tenía la barba poblada —dice—, la frente espaciosa, la nariz aguileña, de modo que su aspecto en lo varonil parecía tener cierta semejanza con los retratos de Hércules pintados y esculpidos»<sup>20</sup>, héroe de quien, por cierto, se decía sucesor. Los Morlanes, seguramente a instancias de sus mentores, debieron de trasladar al tondo en cuestión este retrato de *la vida de Antonio*.

Por lo que respecta a la corona de frutos que rodea el medallón, exalta sin duda los logros y triunfos de Marco Antonio, su gobierno de la parte más rica del imperio de César, sus victorias sobre los partos, incluso su relación amorosa con Cleopatra, «mujer que sobrepujaba en poder y en esplendor a todos los reyes de su tiempo, si se exceptúa a Arsaces», enumera Plutarco. «Y es que —afirma éste— se hizo a sí mismo tan grande, que para los otros era digno de mayores honras de las que quería»<sup>21</sup>. El mismo significado tienen las demás coronas que enmarcan a los restantes personajes, como se comprobará.

Marco Antonio representaba en su medallón de la portada el contrario que hacía destacar, al otro lado, el derecho como solía hacerse, la figura de Numa Pompilio. Razonaba Plutarco sobre este recurso didáctico:

Las más perfectas de todas las artes, a saber, la templanza, la justicia y la prudencia, no solamente juzgan de lo honesto, de lo justo y de lo útil, sino también de lo perjudicial, de lo torpe y de lo injusto; y no celebran la simplicidad que se complace en no tener ex-

periencia de los vicios, sino que la tienen por necedad y por ignorancia de aquellas cosas que importa sobre todo sean conocidas de los que se proponen vivir bien.

Y explicaba aún:

Antigénidas creía que los jóvenes oirían con más gusto a los buenos flautistas después de haber oído a alguno malo: pues del mismo modo me parece a mí que nos dedicamos con más ardor a observar e imitar las vidas ordenadas y buenas, si no carecemos del conocimiento de las viciosas y vituperadas<sup>22</sup>.

Numa Pompilio, nacido «por prodigiosa casualidad el mismo día en que Rómulo fundó Roma», era un perfecto contrapeso de Antonio, según lo califica Plutarco:

Con ser por índole inclinado a sus costumbres a toda virtud, todavía rectificó su ánimo con la doctrina, la paciendia y la filosofía, librándole no sólo de las pasiones que le degradan, sino aun de la violencia y ansia, que suelen ser muy de la aprobación de los bárbaros, teniendo por cierto que la verdadera fortaleza consiste en limpiarse por medio de la razón de toda codicia.

Desterrando de su casa —prosigue Plutarco— todo lujo y superfluidad, manifestándose juez y consejero irreprochable al propio y al extraño, y empleando en cuanto a sí mismo el tiempo que le quedaba libre, no en placeres o comodidades, sino en el culto a los dioses y en el conocimiento de su naturaleza y su poder, en cuanto la razón lo alcanza, adquirió tal nombre y tanta gloria que Tacio, el colega de Rómulo en el reino, teniendo una hija llamada Tacía, lo hizo su yerno<sup>23</sup>.

Pero Numa fue también amado por la ninfa Egeria, y por las musas, trato divino que, dada su virtud, le habría asistido como, era comprensible, hacían los dioses con quienes «debían gobernar reinos y establecer gobiernos»<sup>24</sup>. Después de haber rechazado él el ofrecimiento de ese gobierno en primera instancia, escuchó finalmente las razones que, entre faustas señales y los ruegos insistentes de los ciudadanos, le convencieron de aceptar la elección:

No rehuses ni deseches una autoridad que puede ser para ti un campo de grandes y brillantes acciones, proporcionando para los dioses un culto magnífico y la mejora de costumbres para los hombres, que muy prontamente son conducidos y reformados por el que los manda —relata Plutarco—<sup>25</sup>.



Es fácil imaginar en qué medida el paralelismo entre Numa Pompilio y Fernando de Aragón, reinante, junto a la ya difunta Isabel de Castilla, sería evidente ante la portada de la iglesia del conjunto monástico que él había fundado y sostenía con empeño. Atribúyese a Numa —informa Plutarco— la creación de los sacerdotes, la consagración de las vestales y la construcción del templo «rotundo» de Vesta, y, como pontífice máximo, la supervisión del culto público y privado según la regulación general de los ritos y las prácticas<sup>26</sup>. También fue «el primero que edificó un templo de la Fe y del Término, enseñando a todos los romanos a tener el de la Fe por el mayor de todos los juramentos»<sup>27</sup>. Era en esta faceta de monarca impulsor de la fe cristiana en la que Fernando se asimilaba especialmente al piadoso romano que puso paz en la «dura y guerrera» Roma ya poderosa, ordenó la religión y edificó sus templos. Sin duda, «su prudencia, su piedad y su ciencia política, su cuidado de la educación y el tomar [...] de los dioses únicamente el principio de su legislación» —resume Plutarco<sup>28</sup>— se reconocían perfectamente en Fernando, a la vista de su imagen orante de la portada de la iglesia que hacía edificar.

Sobre este nivel *romano* de la didáctica exaltación de las virtudes de un monarca católico, como Fernando y, no menos, Isabel, otro nivel superior, formado por una nueva pareja de personajes relacionados, redundaba en la misma intención aproximándose en el tiempo a los protagonistas del programa. A la izquierda, una inscripción identifica con suficiente claridad a «MUSA» (figura 4), es decir: Musa ibn Musa, el poderoso gobernador de buena parte de la Marca Superior, autodenominado *tercer rey de España* —junto con los otros dos, Muhammad I de Córdoba y Ordoño I de Asturias<sup>29</sup>—, en el siglo IX, más conocido, popularmente, como *moro Muza*. No tiene justificación la lectura de dos partes separadas en la inscripción —MU SA— que se ha hecho recientemente, pues no existe este espacio intermedio ni ningún punto que lo indique, a diferencia de lo que se ha visto anteriormente en los medallones de Marco Antonio y de Numa Pompilio. Tampoco la supuesta segunda parte con las dos últimas letras —SA— puede ni debe entenderse una abreviatura, de la que se ha deducido también correspondería a la palabra Scévola. La inscripción, en suma, ha sido interpretada aleatoriamente, y la imagen, de hecho, no corresponde a Mucio Scévola —el romano que abrasó en el fuego la mano con la que mató a la persona equivocada, demostrando así su valentía—, como se ha escrito<sup>30</sup>.

La celada que Musa lleva puesta, tan cristiana y contemporánea como la de Numa, aunque quizá buscadamente algo más fantástica, remite,



Figura 4.  
Musa en la portada de Santa Engracia.

sin duda, a sus orígenes cristianos. Como «godo de nación pero de rito mahometano» es calificado en la *Crónica de Alfonso III*; un renegado, en definitiva, seducido por los enemigos de la verdadera fe, según fue considerado en la tradición cristiana —aunque la precisión histórica hace ya a su progenitor converso al islamismo—. Musa ibn Musa era hijo del conde Musa ibn Fortún y hermano de madre del rey Íñigo Arista de Pamplona. Exitoso gobernador y soldado, arrebató al emir de Córdoba, Abd al-Rahman II, numerosas ciudades, Zaragoza, Tudela, Huesca y hasta Toledo; combatió a asturianos, leoneses, vascos y francos, y llegó a actuar como soberano independiente de Córdoba, hasta su derrota en Clavijo y Albelda frente al rey Ordoño I<sup>31</sup>. En su tondo de la portada de Santa Engracia representaba elocuentemente al gobernante, de nuevo, extraordinario, pero rebelde, taimado, carente en suma de las cualidades morales necesarias y, lo más importante y definitivo, infiel a la fe cristiana, tanto como lo fue a su rey. En la *Crónica abreviada de España*, dedicada en 1482 a la reina Isabel, trataba así sobre él Diego de Valera:

En el segundo año d'este rey don Ordoño, se levantó un moro que venía del linaje de los godos, que se llamava Muça Avencas, contra Abderramen, rey de Córdoba, y tomole las cibdades siguientes, d'ellas por fuerça, d'ellas por engaño, Çaragoça, Huesca, Tudela, Toledo. Y dexó sus cabdillos en cada una d'ellas, y en Toledo dexó un fixo suyo llamado Lope, y él partiose para Catalueña y corrió toda la tierra, y estragó la Proença y entró en Francia y fizo en ella muy grandes

daños. Y como se vido muy rico y poderoso, con gran soberbia llamose rey d'España<sup>32</sup>.

De su derrota en Albelda, que arrojó «más de quarenta mil» moros muertos, «el cabdillo Muza escapó a uña de caballo ferido de tres lançadas», relata Valera, rindiéndose su hueste y pasando su propio hijo a servir lealmente a Ordoño, su enemigo vencedor<sup>33</sup>.

Más tarde, recogería con mayor carga moral su caracterización el cronista Jerónimo de Blancas, en su *Aragonensium rerum comentarii*:

*Muza Aben Heazin. [...] Hunc Christianis parentibus natum ferunt. Post ea tamen veram, ac Catholicam Religionem detestatus, Arabicamque sectam complexus, noitris ad Pyrenaea commorantibus acre bellum commouens, eo usque perduxit; ut Sanctio, Suprarbiensum Regi quarto, et vitae, et Regni finem intulerit. Unde apud nos primum interregnum patuit, ac nostrarum libertatum origo. Sed de his supra. Praheter Caesaragustanense autem Regnum, plurimarum civitatum insigium est potitus. Filium habuit, Aben Lope: quem gubernatorem Toletanae Urbi praeposuit. Ea enim civitas cum a Cordubensis Regis fide defectister; huius sead dixerat imperio. Denique Muza Aben Heazin tam amplam ditionem consequutus est, ut Miraluminimis Hispanensis superbum apud Arabes cognomentum usurparet [...]. Ulterius etiam ipsius Muzae Regis mentio facta reperitur circ. Ann. Chr. DCCCXLII. Eius vero potentiam nimis extenuatam perhibent<sup>34</sup>.*

Semblanza que trasladaba Jerónimo Pujades ya a comienzos del siglo XVII, en su *Crónica Universal del Principado de Cataluña*:

Aquel moro Muza-Abeen-Hazin o Hazim [...] de quien escribe Gerónimo Blancas que siendo hijo de padres cristianos, por sus pecados y mala inclinación cayó en tan profundo seno de maldades que renegó de la fe sacrosanta, y de capitán general del Miramolin de Córdoba, levantándose contra su señor vino a serlo de Toledo donde puso por rey a su hijo llamado Lope y por algunos Loth, poseyó Zaragoza, Tudela y Huesca, con engaños y fuerza de armas se apoderó de la mayor parte de España<sup>35</sup>.

Frente a Muza, la imagen *buena* del tondo de la derecha es la de Hermenegildo, en equiparable contexto cronológico de la historia de España, pensando en términos del momento de la labra de la portada. No lleva inscripción, seguramente no por haberse perdido en las restauraciones de

las que se ha hecho mención, cuyo efecto se percibe en el acabado del relieve, sino por haberse considerado innecesaria desde el origen, pues el mártir *rey de España* presenta, con su corona de puntas, su cabello de cierta longitud y mirando hacia el cielo, una iconografía característica. No se trata, desde luego, de Porsena como pareja de Mucio Scevola, abundando en la mencionada identificación errónea del tondo de la izquierda<sup>36</sup>, sino del hijo del rey arriano Leovigildo que, al contrario que Muza, se convirtió a la fe católica enfrentándose a su padre con las armas hasta ser vencido y muerto mártir, decapitado, por orden de su propio progenitor, según elaboraciones posteriores que envuelven en la causa cristiana su rebelión y su proclamación como rey. Su hermano Recaredo recogería los frutos de su sacrificio dando el triunfo al cristianismo en el reino.

Diego de Valera relata el episodio de este modo en su *Valeriana*, al hablar del rey «Leonigildo»:

Y ovo un hijo llamado Ermenegildo, el qual casó con fija del rey Giliberto de Francia, que era cristiana. Y Ermenegildo, por amor suyo, se convirtió a la fe católica. Y como Leonigildo fuese arriano, ovo tan grande enojo de Ermenegildo ser cristiano que lo mandó prender. Y teniéndole así preso, amonestole muchas vezes que quisiese dexar la ley de Jesucristo y que fuese cierto que si así no lo fazía, que lo mandaría matar. Y como ya Ermenegildo fuese alumbrado por el Espíritu Santo, respondió al rey que fiziese lo que le pluguiese, que su padre y su señor era y, por temor de la muerte, non dexaría la verdadera ley a que Dios le avía llamado. Entonce, el malvado rey Leonigildo tomó un segur que cerca de sí falló y dióle con él en la cabeça un tan gran golpe que luego cayó muerto en el suelo. Y así, Ermenegildo fue mártir por la santa fe católica<sup>37</sup>.

Junto al nivel de Hermenegildo y Muza, ocupando las enjutas del arco de la entrada y con un significativo gran tamaño, otros tondos, los de las armas de Fernando e Isabel con la reunión de todos sus territorios, incluidos Navarra y, desde luego, Granada, dejaban claro su nexo con la antigua monarquía cristiana que había reinado en la España visigoda, hasta que Rodrigo la perdiera a manos de los infieles:

Es profetizado de muchos siglos acá —afirmaba fray Diego de Valera en su *Doctrinal de príncipes* refiriéndose a Fernando—, que no solamente seréis señor destos reinos de Castilla e de Aragón, que por todo derecho



vos pertenesce, mas avréis la monarchía de todas las Españas e reformaréis la silla imperial de ínclita sangre de los Godos donde venís, que de tantos tiempos acá está esparsida e derramada<sup>38</sup>.

Además, en el segundo cuartel del escudo, el símbolo de Jerusalén apelaba a su extensión de la *república cristiana*, poniendo el objetivo en la recuperación de Tierra Santa tras acabar con el islam. Las profecías alcanzaban a señalar a Fernando incluso como regidor de toda la cristiandad<sup>39</sup>.

No cabe duda, en fin, del sentido del programa y de la función de las imágenes de la portada zaragozana. Se trataba del simple y, en la época, tan repetido mensaje del gobierno de los dos príncipes virtuosos cristianos, los Reyes Católicos, que restauraban esforzadamente la integridad política y religiosa de España; curadores de la fe, constructores de sus templos y brazos armados para su defensa; verdaderos héroes, en suma, como lo habían sido los santos mártires de la imperial Zaragoza<sup>40</sup>. Todo ello, siempre, y según arraigado entendimiento, para beneficio de su pueblo, como escribía, actualizando la tradición, fray Antonio de Guevara:

Téngase por dicho que los príncipes que no son de Dios temerosos jamás por jamás pueden ser ellos ni sus reynos bien fortunados; porque la felicidad o la calamidad de los reynos no viene de lo que los reyes o reynos trabajan, sino de lo que los reyes o reynos merecen. En gran peligro bive el reyno el príncipe del qual es mal christiano, y bienaventurada y segura es la república en la qual su príncipe es hombre de buena consciencia, porque hombre de buena conciencia no puede en la república hazer cosa mala<sup>41</sup>.

O, compendiando los aspectos tratados, Diego de Valera:

¿Quién vido fasta oy en tan grandes príncipes tanta humanidad, tanta devoçión, tanto amor a los súbditos, tanta ynclinación a justicia, tanta vigilança e solícitud en el bien común, tanto acatamiento a las cosas sagradas e a los ministros dellas? ¿Pues qué diremos de los bélicos autos? ¿Quién con mayor esfuërço los pudo enprender ni proseguir? ¿Quién se pudo a mayores peligros poner por acrescentamiento de la fee católica? ¿Quién con mayor coraçón los sufrió? ¿Quién más templança en los prósperos tiempos pudo tener? ¿Quién con mayor clemencia con sus súbditos pudo aver que estos invictísimos e bienaventurados príncipes se han avido?<sup>42</sup>.



Figura 5.  
Hermenegildo y armas de los territorios de los Reyes Católicos.

En la parte alta de la portada, los heraldos de Fernando e Isabel, vestidos con las armas simples de Castilla-León y Aragón-Sicilia esta vez, mostraban sus escudos con sendos caricaturescos rostros, amable uno y hosco el otro, lo mismo que los gestos de los tenantes.

Como en espejo doblado,  
príncipe muy poderoso,  
en una luna mirado  
haze el rostro mesurado  
y en la otra espantoso.

Expresaba, en un sermón rimado, el predicador de los reyes Íñigo de Mendoza<sup>43</sup>. Los greñudos rostros de los escudos, acompañados de los gestos en consonancia de los heraldos, aludían al monarca piadoso y benévolo tanto como drástico y enérgico, depurando de sus matices el mensaje del conjunto de la portada y reduciéndolo a lo esencial. Al tratar fray Antonio de Guevara de Numa Pompilio en su *Relox de príncipes*, justificaba la veneración que sus súbditos le habían profesado: «porque los príncipes romanos tanto eran amados por servir a los dioses como por vencer a los enemigos»<sup>44</sup>.

Por su parte, los medallones de difícil apreciación tras las columnas del cuerpo principal de la portada parecen de relleno y sin relación con el programa, aunque algunos remitan a la antigüedad romana. Claramente, a la derecha de la puerta, se reconocen las figuras de dos emperadores con corona de laurel, uno de los cuales, el de la izquierda, se ha identificado como Augusto por la inscripción que lleva en el torso, y el otro, a la derecha, como Vespasiano por su aspecto característico<sup>45</sup>. Probable-

mente, solo se quiso nombrar al fundador de Cesaraugusta, en un ambiente romano sin más intención. A la izquierda de la portada, el propio escultor y quizás su esposa<sup>46</sup>, a diferencia de él también con atuendo antiguo y el cabello suelto, formarían parte de este complemento accesorio de imágenes en el que ya no rigió la estudiada idea ilustrada por los personajes históricos perfectamente sugerentes de los medallones a la vista.

Se restituye así, finalmente, la clave iconográfica para la comprensión de una tan espléndida muestra de la ideología política del reinado de los Reyes Católicos, en los últimos años del de Fernando, que hasta ahora había sido desenfocada. La imponente obra de escultura puede ser ya considerada una magna proclama de la definición de su monarquía católica, entre el elenco extenso y diverso de las hasta ahora reconocidas y valoradas.

\* Trabajo realizado en el seno del Proyecto I+D+i HAR2012-37725 del Mineco (I. P. Carmen Gómez Urdáñez) y del Grupo consolidado Artífice, de la Diputación General de Aragón (H-64, I. P. Carmen Morte García).

1. Carmen MORTE GARCÍA (2002), «El monasterio jerónimo de Santa Engracia de Zaragoza en el mecenazgo real», en: VV. AA., *Santa Engracia: Nuevas aportaciones para la historia del monasterio y basílica*, Zaragoza, Parroquia de Santa Engracia, Ayuntamiento de Zaragoza, Gobierno de Aragón, p. 103-178; Javier IBÁÑEZ FERNÁNDEZ (2000), «La portada escultórica de Santa Engracia: aproximación histórica y breve estudio artístico e iconográfico», *Cuadernos de Aragón*, núm. xxvi, p. 269-338, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, Diputación Provincial de Zaragoza; ÍDEM, (2004), *La portada escultórica de Santa Engracia: aproximación histórica y breve estudio artístico e iconográfico*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, Diputación Provincial de Zaragoza; ÍDEM (2002), «La portada de Santa Engracia», en: VV. AA., *Santa Engracia: Nuevas aportaciones...*, op. cit., p. 181-207; Guillermo FATÁS CABEZA (2013), «Cicerón y el buen gobierno en el primer Cinquecento zaragozano», en: *Otium cum dignitate: Estudios en homenaje al profesor José Javier Iso Echegoyen*, Zaragoza, Universidad de Zaragoza, Monografías de Filología Latina, 16, p. 653-664. Además, precedentemente, Carmen MORTE GARCÍA (1993), «Fernando el Católico y las artes», en: C. LACARRA DUCAY (coord.), *Las artes en Aragón durante el reinado de Fernando el Católico (1479-1516)*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, Diputación Provincial de Zaragoza, p. 162 y 176-177.

2. Manuel ABIZANDA BROTO (1915, 1917, 1932), *Documentos para la Historia artística y literaria de Aragón*, tomo II (1917): *Siglo XVI*, Zaragoza, Tip. La Editorial, p. 96-98.

3. Arturo ANSÓN NAVARRO (1992-1993), «La reedificación barroco-clasista de la iglesia alta del Real Monasterio de Santa Engracia de Zaragoza (1755-1762), obra del arquitecto fray Vicente Bazán», *Aragonia Sacra*, núm. VII-VIII, p. 173-190.

4. Véase Manuel LAGUENS MOLINER (1999), *Notas sobre la historia de la parroquia y*

*monasterio de Santa Engracia. Años 1737-1920*, Zaragoza, CAI, espec. p. 301 y s. para la restauración de la portada realizada por el escultor Carlos Palao. También, Wifredo RINCÓN GARCÍA (1984), *Un siglo de escultura en Zaragoza. 1808-1908*, Zaragoza, Caja de Ahorros de Zaragoza, Aragón y Rioja, p. 159.

5. Estoy de acuerdo con Guillermo Fatás en que las reparaciones respetarían lo existente en la portada (cfr. «Cicerón y el buen gobierno» op. cit., p. 659). El presente estudio parte, de hecho, de que la suposición de Antonio Ponz de que los dos medallones inferiores «se añadirían allí en la reedificación», es decir, en las obras de 1754-1759, que comenta —treinta años atrás— no se corresponde con la realidad. Como se comprobará, tampoco debe ser tenida en cuenta su afirmación de que no «vienen al caso» y «se encuentran muy fuera de propósito» —iconográficamente, en el conjunto de la portada, se entiende—. Véase Antonio PONZ (1788), *Viage de España*, Madrid, Viuda de Ibarra, tomo xv, carta II, p. 43.

6. *Peristephanon*, IV. Véase, al respecto, Elena CONDE GUERRI (2002), «Existencia y esencia de las *Acta martyrium*: El ejemplo de Santa Engracia», en: VV. AA., *Santa Engracia: Nuevas aportaciones...*, op. cit., p. 62.

7. Véase, especialmente, José Manuel NIETO SORIA (1999), «La realeza», en: ÍDEM (dr.), *Orígenes de la monarquía hispánica: propaganda y legitimación (ca. 1400-1520)*, Madrid, Dykinson, p. 25 y s. También, Ana Isabel CARRASCO MANCHADO (2000), *Discurso político y propaganda en la corte de los Reyes Católicos (1474-1482)*, tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, en línea: <http://biblioteca.ucm.es/tesis/19972000/H/0/H0039401.pdf>.

8. Isabel era hija también, en este caso, de una reina de Portugal, su homónima, segunda esposa de Juan II.

9. Fray Antonio de GUEVARA (1994), *Relox de príncipes*, Madrid, Turner, cap. x, p. 104.

10. José Manuel NIETO SORIA recoge algunas referencias concretas de sus apologistas en (1988), *Fundamentos ideológicos del poder real en Castilla (siglos XIII al XVI)*, Madrid, Eudema, p. 88.

11. Bajo la figura de la Santa Catalina que acompaña a Isabel orante en su hornacina, el gobernador de Alejandría, con cetro y la rueda destrozada del martirio, aparece caracterizado con turbante, localizando así el episodio del martirologio en la tierra de moros que era Egipto desde hacía siglos. Cabe mencionar una representación similar, en esta ocasión de Santa Bárbara, originaria de Nicomedia, pintada por Domenico Ghirlandaio en 1471 en la iglesia de Santa Andrea de Cercina, cerca de Florencia.

12. «[...] *cognoscentes vos, tanquam veros Catholicos reges et principes, quales semper fuisse novimus, et a vobis preclare gesta toti pene jam orbi notissima demonstrant, nedum id exoptare, sed omni conatu, studio, et diligentia, nullis laboribus, nullis impensis, nullisque parcendo periculis, etiam proprium sanguinem effundendo, efficere, ac omnem animum vestrum omnesque conatus ad hoc jam dudum dedicasse, quemadmodum recuperatio regni Granate a tyrannide Saracenorum hodiernis temporibus per vos, cum tanta Divini Nominis gloria facta, testatur, digne ducimur non immerito, et debemus illa vobis etiam sponte et favorabiliter concedere, per que hujusmodi sanctum et laudabile ac immortalis Deo acceptum propositum in dies ferventiori animo ad ipsius Dei honorem et imperii Christiani propagationem prosequi valeatis [...]*».

13. Cristina Moya García lo destaca, por ejemplo, en el *Doctrinal de Príncipes* de Diego de Valera y también en su *Crónica abreviada de España o Valeriana*. Cristina MOYA GARCÍA (2011), «El *Doctrinal de príncipes* y la *Valeriana*: Didactismo y ejemplaridad en la obra de mosén Diego de Valera», *Memorabilia*, vol. 13, p. 234 y 238 especialmente. También José Manuel NIETO SORIA (Dr.) (1999), *Orígenes de la monarquía hispánica...*, op. cit., p. 35-36 espec.

14. Véase nota 6.

15. PLUTARCO (1847), *Vidas paralelas*, traducción de A. Ranz Romanillos, París, tomo IV, p. 79-80; Carlos GARCÍA GUAL (2003), «Plutarco, Vida de Antonio», *Letras libres*, febrero, en línea: <http://www.letraslibres.com/revista/libros/plutarco-vida-de-antonio>.

16. PLUTARCO, *Vidas paralelas...*, op. cit., tomo IV, p. 131-132, 140, 143 y 142, respectivamente, etc.



17. *Ibidem*, p. 173, 178 y 196, respectivamente.
18. *Ibidem*, p. 193.
19. En un plano menor, no es despreciable el nexo entre la Alejandría corte de Cleopatra y la que lo fue también del padre y verdugo de Santa Catalina, igualmente hija de reyes, el cual aparece a los pies de ésta, en la hornacina de Isabel, como moro según se ha dicho. En un salto histórico perfectamente pertinente en la época de la obra de la portada, Egipto se vería desde la perspectiva contemporánea como territorio infiel, y, según ha dicho Joseph Pérez, conquistable, por la legitimación que representaba el antiguo gobierno de la Península «en los últimos años del Imperio Romano y durante la dominación de bizantinos, visigodos y musulmanes», que hacía ver el norte de África y la Península como una unidad. El mismo autor destaca el deseo de Isabel expreso en su testamento: «Que no cesen de la conquista de África». Joseph PÉREZ (2004), *Isabel la Católica, África y América*, texto de la conferencia leída en el XVI Coloquio de Historia Canario-Americana (octubre), Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, en línea: [http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/isabel-la-catolica-frica-y-amrica-0/html/007b802a-82b2-11d1-acc7-002185ce6064\\_3.html](http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/isabel-la-catolica-frica-y-amrica-0/html/007b802a-82b2-11d1-acc7-002185ce6064_3.html).
20. PLUTARCO, *Vidas paralelas...*, op. cit., tomo IV, 127.
21. *Ibidem*, p. 195.
22. *Ibidem*, p. 79.
23. *Ibidem*, tomo I, p. 125-126.
24. *Ibidem*, p. 128.
25. *Ibidem*, p. 130.
26. *Ibidem*, p. 135.
27. *Ibidem*, p. 145.
28. *Ibidem*, p. 155.
29. Véase Claudio SÁNCHEZ ALBORNOZ (1969), «El tercer rey de España», *Cuadernos de Historia de España*, núm. XLIX-L, p. 5-49. Alberto CAÑADA JUSTE (1980), «Los Banu Qasi (714-924)», *Príncipe de Viana*, núm. 158-159, p. 25.
30. Véase nota 1. El error parte de Javier IBÁÑEZ (2000), «La portada escultórica...», op. cit., p. 324-326; ÍDEM, 2004, «La portada escultórica...», op. cit., p. 64 y s.
31. Alberto CAÑADA JUSTE (1980), «Los Banu Qasi...», op. cit., p. 27-28, *pássim*.
32. Edición de Cristina MOYA GARCÍA (2009), *Edición y estudio de «La Valeriana» («Crónica abreviada de España» de mosén Diego de Valera)*, Madrid, Fundación Universitaria Española, p. 142.
33. *Ibidem*.
34. Jerónimo de BLANCAS Y TOMÁS (1588), *Aragonesium rerum comentarii*, Zaragoza, Lorenzo y Diego Robles, edición de 2002, p. 117-118.
35. Jerónimo PUJADES (1829-1832), *Crónica Universal del Principado de Cataluña escrita a principios del s. XVII por —*, edición de Barcelona, Imprenta de J. Torner (2.<sup>a</sup> parte, 1830), tomo VI, libro X, cap. XXIV, p. 186.
36. Véase nota 31.
37. Edición citada de Cristina MOYA GARCÍA (2011), «El Doctrinal de príncipes y la Valeriana...», op. cit., p. 104-105.
38. Edición de Mario Penna, p. 173b. Citado en José Manuel NIETO SORIA *Orígenes de la monarquía hispánica...*, op. cit., p. 42, y en Cristina MOYA (2009), *Edición y estudio de «La Valeriana»...*, op. cit., p. LXII.
39. Miguel Ángel LADERO QUESADA, «La monarquía: Las bases políticas del reinado», en: Luis RIBOT, Julio VALDEÓN y Elena MAZA (coords.) (2007), *Isabel la Católica y su época (Actas del Congreso Internacional, Valladolid-Barcelona-Granada, 15 a 20 de noviembre de 2004)*, Valladolid, Universidad de Valladolid, Instituto Universitario de Historia Simancas, tomo I, p. 148.
40. «[...] y que pues la reedificó, y cercó de tan fuertes muros un emperador tan insigne — Cesar Augusto — y le dio un nombre — Cesar Augusta — en quien concurren [...] dos títulos imperiales de tan grande estima y autoridad, no sólo puede preciarse de noble, sino llamarse ciudad imperial, como otras se llaman reales», afirmaría más tarde fray Diego MURILLO (1616), en su *Fundación milagrosa de la capilla angélica y apostólica de la madre de Dios del Pilar y excellencias de la imperial ciudad de Çaragoça*, Barcelona, Sebastián Mateuad, tratado 2.º, p. 14.
41. Fray Antonio de GUEVARA, *Relox de príncipes*, op. cit., p. 105.
42. Diego de VALERA (1927), *Crónica de los Reyes Católicos*, 6, Madrid, citado en José Manuel NIETO SORIA (Dr.) (1999), *Orígenes de la monarquía hispánica...*, op. cit., p. 40.
43. Citado en Ana Isabel CARRASCO MANCHADO (1995), «Propaganda política en los panegíricos poéticos de los Reyes Católicos: Una aproximación», *Anuario de Estudios Medievales*, vol. 25 (2), p. 527.
44. Fray Antonio de GUEVARA, *Relox de príncipes*, op. cit., p. 147.
45. Carmen MORTE GARCÍA (2002), «El monasterio jerónimo de Santa Engracia...», op. cit., p. 153-154.
46. *Ibidem*, p. 153.